

PRÓLOGO

Los ojos de la historia (reciente)

A Ricardo Ortega

Los periodistas internacionales son los ojos de la historia, aquellos que cuentan lo que está sucediendo y cuyas crónicas del presente, a pesar de estar escritas sobre la marcha, sin perspectiva, en medio de la acción —«poesía bajo cierre», como se dijo de Anthony Shadid—, están destinadas a modelar la opinión de su tiempo más que el trabajo de algunos investigadores. Los testigos, los cronistas, muchas veces incómodos, siempre han estado ahí, desde el principio de los siglos: Herodoto, Polibio, Marco Polo... Hoy existe una línea que une Twitter con el inventor de la historia: ir a un sitio y contarlo, con honestidad y dignidad, conocer los propios prejuicios para anularlos, buscar la verdad («periodismo es publicar lo que alguien no quiere que publiques; todo lo demás son relaciones públicas», escribió George Orwell) por encima de las propias ideas y arriesgarse por ella. Lo que hace grande al periodismo no es el medio por el que se cuenta, sino la forma y la voluntad en que y con que se cuenta.

Esos buscadores de contextos, como decía Kapuściński, independientes, valientes, honestos, que están en el lugar de los hechos y explican el quién, cómo, dónde y cuándo y el porqué, y que desvelan qué pasa en un lugar y un tiempo concretos, no son hoy *trending topic*, justo cuando su mirada

es más necesaria que nunca. La crisis económica, unida al cambio de modelo de negocio y al auge de las redes sociales, la globalización, la revolución digital y la competencia del mal llamado «periodismo ciudadano», están provocando en los medios un auténtico terremoto. Una de sus principales víctimas es la información internacional, que en nuestro país nunca ha tenido una gran tradición —todo sea dicho—, excepto en cabeceras como *El País*, *La Vanguardia*, antes *ABC* y la agencia EFE. Justo cuando se necesita más calidad y más análisis para entender cómo están cambiando el mundo y, por tanto, nuestras vidas, se cierran corresponsalías, se recortan viajes y coberturas, y se paga a la pieza o por conexión una cantidad ínfima por informar desde Siria o Libia. Por eso, este libro, que es de periodistas, pero no para periodistas, sino para todos aquellos interesados en saber lo que ocurre a su alrededor, es necesario frente a la crisis de identidad del periodismo y, en especial, del internacional, indispensable pero menos valorado, aunque es determinante para adivinar qué está en juego en nuestras democracias.

La información internacional propia es cara y no vende, dicen algunos editores, repitiendo un viejo mantra: es un producto de lujo, innecesario en estos tiempos. Mantener una red de corresponsales, como todavía hacen *The New York Times*, la BBC, Al-Yazira o *El País*, o enviar a alguien a Pakistán es superfluo, arguyen los contables de los medios, sólo preocupados por cuadrar las cuentas de un modelo informativo que se basa en la práctica, por primera vez en la historia, en producir mucho, lo que sea, y pagar poco (o nada), o en parasitar la información que producen otros, eso que se llama ahora «agregadores de noticias».

Todo se puede encontrar en la web, así que se preguntan: ¿para qué vamos a generar contenidos propios y de calidad? Aunque no les extraña que luego nadie esté dispuesto a gastar su dinero por algo que ya tienen gratis en la red y que, en cambio, sí que haya lectores que se suscriban a *Financial*

Times o a *The Economist* porque, como todo lo que tiene valor, cuesta. El público, argumentan además, no quiere textos largos, no está interesado en lo que ocurre fuera. Y lo dicen cuando en este planeta, cada vez más globalizado e interconectado, asistimos a una debacle económica sin precedentes y caminamos sin rumbo hacia un futuro lleno de incertidumbres. Lo único caro es la ignorancia.

No está el periodismo para la lírica. Cada vez se publican menos historias y hay menos medios donde contarlas. En España, unos 6.300 informadores han perdido su empleo desde 2008 —más puestos de trabajo destruidos en comparación que en el sector de la construcción— y la venta de periódicos va a la baja, aunque en eso tal vez tengamos algo de culpa. Tampoco hay tiempo para la reflexión porque la información parece caber en 140 caracteres. La sobredosis de noticias, los rumores y la lluvia de datos sin comprobar en las redes sociales, las webs 24/24 y, en ocasiones, el tuit de un lunático, desatan muchas veces una enloquecida carrera informativa hacia ninguna parte. Internet amplifica el espejismo de que uno sabe lo que está pasando en cualquier lugar, cuando en realidad sólo oye un ruido que no significa nada. Tampoco se lleva ya el romanticismo asociado a los correspondientes de los siglos XIX y XX, esos hombres blancos, occidentales, aficionados a la bebida, que se levantaban en un hotel de cualquier ciudad exótica, retratados en la literatura por Evelyn Waugh en *¡Noticia bomba!* o Graham Greene en *El americano imposible*, o en películas como *El año que vivimos peligrosamente*. Los míticos periodistas de guerra tienden a ser reemplazados por reporteros *freelance*, cada vez más numerosos y en condiciones más precarias. Pero, aunque dan ganas, no hay que echarse a llorar en medio del centro de prensa extranjero; el futuro de la profesión es el futuro y habrá una manera de conjugar las exigencias del mejor oficio con las nuevas tecnologías, que permiten conectarse desde el lugar más recóndito del planeta, pero que también obligan al cons-

tante sacrificio de la actualización, a la multitarea de escribir el blog, grabar el vídeo y tuitear.

Ésa es la esperanza, la vuelta al periodismo internacional de calidad que se desprende del libro que tiene entre las manos, escrito por once herederos de nombres como Chaves Nogales, Eugeni Xammar, Francisco Eguiagaray o Manu Leguineche (no todo va a ser predominio anglosajón, aunque siga dominando la agenda mundial por peso, tradición y geoestrategia). Once voces que dan un paso al frente y responden a las preguntas que, no sin cierto temor ante lo que se avecinaba, nos hacíamos Javier Martín y yo cuando, a raíz de un artículo sobre la extinción de los enviados especiales que me encargaron para *Foreign Policy España*, me propuso en octubre de 2011, en vez de darnos al whisky con un barman comprensivo en homenaje a los corresponsales de otros tiempos, la idea de este libro colectivo, un objeto que algunos apocalípticos creen obsoleto, pero que está destinado a sobrevivir como los propios corresponsales: ¿es necesario el periodismo internacional?; ¿cómo debería ser en el futuro, si es que existe?

Enric González asegura que toda información global es local y que lo que ocurre en Kandahar (Afganistán) tiene, como se ha visto, más trascendencia para nuestras vidas que un semáforo en Mondoñedo; Marc Bassets, que compara la cobertura internacional de la prensa estadounidense y la española en favor de la segunda, apunta que el periodista es hoy más necesario que nunca para entender la realidad de un país; Pilar Requena sostiene, contra lo que se cree, que es posible, aunque cada vez más difícil, una información internacional de calidad en televisión; Ramiro Villapadierna narra veintiséis años de profesión, siempre atento a la mirada y a la curiosidad por el otro, a la vida en suma; Mikel Ayestaran defiende que ninguna máquina podrá sustituir al informador en el frente de batalla; Mónica G. Prieto habla del exilio obligado de muchos informadores que han encontrado en los

nuevos medios un refugio para hacer el periodismo de siempre; Javier Espinosa mantiene que la profesión se está suicidando no por la crisis, sino por su propia autocomplacencia; David Jiménez describe su fortuito e inesperado inicio como corresponsal y asegura que siempre habrá alguien a quien el ERE no le pille en la redacción; Mayte Carrasco se centra en la dura vida del *freelance* de guerra, en que las balas pueden ser menos mortíferas que las precarias condiciones de trabajo, y recuerda a los compañeros muertos; Javier Martín analiza como el periodismo de agencia, el más puro y neutral para muchos, está sufriendo también la bulimia que afecta a la profesión, y, por último, Ramón Lobo recuerda su debut profesional con su primer viaje como enviado especial a la facultad de derecho de Zaragoza.

Como en los experimentos científicos, los textos aquí reunidos, que nacieron como respuesta comprometida a una propuesta que entonces parecía un sueño irrealizable de dos locos, demuestran que lo que algunos quieren enterrar está más vivo que nunca, que el periodismo internacional se renueva y sigue adelante, que no sabemos cómo va a ser el futuro —aunque será de pago o no será—, pero que el presente está lleno de propuestas e ideas. En otras palabras, el trabajo de los periodistas que agrupa este libro recoge la frase de Galileo: «Eppur si muove...». Son firmas que pertenecen a muy diferentes generaciones, culturas y medios, y que desbaratan cualquier intento de reducción al universo de la biología periodística internacional, según la cariñosa clasificación del propio Enric González: «Los reporteros tienden a excavar en el detalle y pierden contacto con el curso general de las cosas; los corresponsales se forjan un mapamundi mental en el que su propio territorio ocupa un espacio inmenso y el resto del planeta apenas existe y los enviados son expertos cazadores y recolectores, pero ignoran el cultivo paciente de la noticia». Unos han tragado el polvo de Afganistán y otros circulan por el Ala Oeste de la Casa Blanca, pero todos

cumplen con pasión los cuatro mandamientos que, según Albert Camus, debe seguir cualquier periodista independiente (lucidez, desobediencia, ironía y obstinación). Apuestan por volver al pasado, a los orígenes, para apuntalar el futuro, y ésa sigue siendo la fórmula, la que nos ayudará a sobrevivir, con el respaldo, si es posible, de un medio grande, fuerte o por lo menos independiente. Y lo conseguiremos. Primero porque, como dijo Jefferson, «sin periodismo no hay democracia» y es mejor un mundo con periódicos que sin ellos, aunque sea en tableta, donde haya un diálogo y no un guirigay de voces inconexas de un lado y de otro, que es lo que ocurre ahora. Segundo, porque la defunción del periodismo sólo podría aplicarse en ciertas partes o en ciertas redacciones del hemisferio occidental, donde se ha instalado la molicie informativa, impulsada por gerentes, sólo pendientes de los *followers*, donde los redactores lo más lejos que se mueven es a la pantalla de su ordenador y donde la profesión vive «el peor de los tiempos, el mejor de los tiempos», como escribió Dickens en el arranque de *Historia de dos ciudades*; una época extraña porque nunca ha habido tantas oportunidades para informar y nunca han tenido un horizonte peor aquellos cuya labor es contar lo que pasa en el planeta. En cambio, en Asia, en América Latina, en los países emergentes, donde existe una auténtica avidez por la información, el periodismo está más vivo que nunca.

Continuando esa línea que va desde aquellos primeros cronistas y pasa también por nombres como Robert Capa, Don McCullin, Howard Russell o Ernie Pyle, sigue habiendo cientos de miles de periodistas que se juegan la vida, algunos por menos de seiscientos euros, para contar una historia local (es decir, universal), o que desentrañan los entresijos de una rueda de prensa en Berlín, muestran la magnitud de un terremoto en Haití, ponen nombre y rostro a las revueltas árabes, denuncian el genocidio y la esclavitud sexual en África o las connivencias entre los narcos y la política, con un

bloc de notas o con un iPad. Sin la presencia de esos informadores sobre el terreno, los dictadores, los caudillos o los poderosos del mundo lo tendrían mucho más fácil. ¿Puede hacer eso una máquina? No. ¿Un periodista ciudadano? No. ¿Tienen las fuentes, el contexto, la credibilidad o incluso la voluntad de hacerlo? No. ¿Cabe eso en un tuit? No. ¿Hay algo comparable a haber estado allí y contarlo? No.

Ahora que parece que Europa muere a cámara lenta y que el mundo no sabe adónde quiere ir, cuando desconocemos si el nuevo orden será un G-2 o un G-0, necesitamos más que nunca a aquellos que explican, interpretan y dan forma a lo que está pasando. También en España.

Les dejo con ellos.

CECILIA BALLESTEROS